

Hablando del Domingo de Pascua, el gran Día de la Resurrección

Estimados hermanos y
hermanas en el
Señor Resucitado,

Espero que la época de cuaresma haya sido para ustedes una de reflexión, de gracia, y de encuentros con el Señor. Estamos a punto de entrar en la Semana Santa, que no es sólo una serie de servicios litúrgicos especiales, pero más importante, es una invitación personal del Señor mismo a caminar con él y a entrar completamente en los eventos de nuestra salvación. Al hacer esto, nuestros propios triunfos y dolores personales — calvarios y huertos de Getsemaní — nos señalarán el camino hacia la realidad de la Resurrección del Señor en nuestras vidas.

Les invito a tomar la oportunidad de asistir en los servicios diarios de Semana Santa —en nuestra Catedral y en las parroquias de la diócesis. Los sacerdotes, religiosos, y personal parroquial, a través de la diócesis, han trabajado duro para que los momentos litúrgicos puedan ser un encuentro dinámico con el Señor y con su cuerpo en la tierra, la Iglesia. Habrá no tan sólo momentos individuales, sino también momentos de comunión verdadera para todos nosotros, juntos.

Al acercarse el Domingo de Pascua — el gran Día de la Resurrección — las palabras del Papa Benedicto XVI pueden ayudarnos a reflexionar sobre este día tan central para nosotros, el día en que Cristo resucitó indudablemente:

Absoluta y definitivamente, esto es a lo que se refiere la fe en la resurrección: el verdadero poder de Dios, y la importancia de la responsabilidad humana. Que el poder de Dios es esperanza y gozo: ésta es la liberación revelada en la Pascua. En esta Resurrección, Dios se revela, revela su poder — superior al poder de la muerte — el poder del amor de la Trinidad. Así que la revelación pascual nos da el derecho de cantar “Aleluya” en un mundo cubierto con nubes de la muerte (“Viaje a Pascua”, página 132 [Versión en inglés]).

Estas palabras del Santo Padre también recuerdan y confirman las palabras animadoras y triunfantes de San Pablo a los Corintios:

La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón? Porque lo que provoca la muerte es el pecado y lo que da fuerza al pecado es la ley. ¡Demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo! (1 Cor. 15:54 – 57).

Esta gran esperanza de la Pascua es la buena nueva que necesita ser proclamada al mundo entero, a través del testimonio de nuestras vidas. ¡Este mundo que es a menudo “cubierto con las nubes de la muerte” necesita ser traído a la luz del Cristo Resucitado, y nosotros — los testigos de Cristo— ¡somos esa luz! Esto se ve con todo su poder a través del rico simbolismo expresado en la vigilia de Pascua. Comienza con la luz del *Cirio pascual* y entonces gradualmente — a través de las velas de cada persona que se van encendiendo — la luz de Cristo perfora la oscuridad del pecado y de la muerte, y revela la gloria y el poder de Cristo.

Debemos ser ese testigo en el mundo, que Cristo ha resucitado y que su gracia y poder se están manifestando en nuestras vidas. Debemos también recordar que la gloria y la verdad de la época de Pascua dura 50 días hasta Pentecostés. En esta época pascual, caminemos con el Señor Resucitado mientras nos vuelve a revelar su Cuerpo en la tierra, la verdad que fortalece nuestra fe y nos demuestra que Él ha efectivamente conquistado el pecado y la muerte.

Bienvenidos a todos los que nos están visitando durante la Semana Santa y la Pascua y a todos los que estarán acompañándonos en las misas y servicios. Quiero también dar la bienvenida de una manera especial a todos los electos y candidatos del *Ritual de iniciación cristiana de adultos*, que serán recibidos como parte de la santa Iglesia en todas nuestras parroquias. Que Dios los bendiga generosamente y llene sus vidas con una abundancia de paz y de alegría. ¡Ustedes son todos verdaderos testigos de la esperanza para nosotros!

Efectivamente, ¡Cristo ha resucitado!

¡Aleluya!

Monseñor Kevin Vann

Obispo de Fort Worth